

Cualquiera Tiempo Pasado

Por RAUL SILVA CASTRO

660267

Sin dejarse llevar por la indiscreción, que suele ser una de las musas auxiliares de la crítica literaria, puede afirmarse que Eduardo Balmaceda Valde, hijo al conde de Benavente Celón, es para la mitad de la vida para conmemorar los días preteritos. De allí ha nacido un libro, titulado "Un mundo que se fue..." Editorial Andrés Bello, donde hallaremos un anticipo de las memorias autobiográficas que el autor nos queda debiendo. Pero esto de hablar de cosas junto a un libro gentil, irónico, ameno, dulce, estremecedor del placer de vivir, puede exigir una explicación aparte. Se la damos.

Es que, en realidad, la existencia no ha sido avata de emociones para el señor Balmaceda, y el mismo recuerda alguna vez, el que, el sino trágico de su familia. Uno de los avata, la culpa, por más señas, se quitó la vida el 19 de septiembre de 1891, por haber perdido la partida en el riesgo en una guerra civil. Con otros han sucedido, asimismo, cosas dolorosas. Y entonces echamos de menos en este libro un párrafo, una página acaso, un capítulo tal vez, sobre Gustavo Balmaceda, hermano paterno del autor, que alcanzó a tallar su nombre en la historia reciente de Chile y se perdió súbitamente. Revive su inclinación a las letras en su hijo, Gylano, quien acaba de publicar en Montevideo un libro de cuentos, "Así como la intersección".

Mayor estatura artística que todos ellos tuvo, naturalmente, Pedro Balmaceda Toro, el cuñado de Rubén Darío, el intelectual adolescente cuyo cuerpo dislocado albergaba un espíritu vibrante, abierto a todos los estímulos de la belleza.

El libro de Eduardo Balmaceda contiene sin duda valiosos elementos autobiográficos, desde las visitas a la casa de la abuela, dona Encarnación Ferrández, hasta sucesos de días más recientes. Pasó por el Ministerio de Relaciones Exteriores, pasó por el periodismo, había pasado, en días juveniles, por la administración agrícola. De él podría decirse, en presencia de las páginas de este libro, que es perpetuo transigente de ocupaciones que se pierden por haber llamado, cada una, la vida de un hombre menos mercantil. (De dónde viene este tránsito repetido e insistente?)

No de su mal genio, desde luego, porque a quien no le conoce será buena doctrina cuanto antes que Eduardo Balmaceda es un ser aveniente, cuya compañía se disputa en los salones de la gente más refinada y exquisita. Ni de su solitud para con el prójimo: es un espejo de civilidad y de buen trato. Pero en fin, dejemos ya esta proximidad a la charada y digamos francamente la que hemos creído adivinar, primero, en el trato de Eduardo Balmaceda a lo largo de su vida y tantos años, y luego en la lectura abierta de este libro, página a página.

Podríamos hablar la explicación en el título mismo escogido para la obra: "Un mundo que se fue...". ¿Cuántos se han ido?, dan ganas de añadir: repitiendo al poeta. Y así: el mundo que para un hombre se va, porque se lo lleva irremediablemente los días, es el de la niñez, el de los pequeños hechos de la infancia, el de los primeros ensueños y los primeros amores, el de la temprana bebida en amplios sorbos junto a la teta de la madre y acost en las rodillas de la abuela. Y ese mundo se va para todos, y no sólo para el autor de este libro. El privilegio que ha querido usar Eduardo Balmaceda es el de tener una infancia rica de sucesos y recuerdos, y el de poder llevarlos a lo escrito, en períodos sueltos, sin años y sin años. Cabe anticipar, eso sí, que no se hallarán aquí pasajes de extrema elegancia, pues domina una manera algo familiar, por lo demás la que mejor conviene a los escritores de la "alta", a quienes se les ha pasado demasiado demandado en lo escrito para bailar, acaso, en el fondo, pidiéndole escondida, la falta de sutileza o de gracia que pudiera inquietar a escritores de otra laya. Don Matías Riquelme, que también era del "smart set", llamaba "literatura agraria" a la de sus pares.

Hay, sin embargo, dispersas por aquí y por allá en el libro, ciertas observaciones que padecemos llamar, grosso modo, políticas, evocadas para contraponer el ambiente y el aire de nuestros días y el aire y el ambiente de aquel mundo cuya fuga se lamenta. Si no existieran, el gusto del lector acaso fuera mayor. Ya estoy en pleno acuerdo, por ejemplo, con los conceptos que el autor entala en la p. 211, pero supongo,

pero o imagino que ellos huelgan en un libro como este, del cual habría podido eliminarse hasta el más ligero motivo de discrepancia.

Por su origen, por sus apellidos, por el papel histórico de su familia, por sus buenos modales, por sus aptitudes de gentilhombre, ha tocado al señor Balmaceda, por ejemplo, el destino de ser huésped de La Moneda, era es, del palacio presidencial, bajo diversas administraciones. Pero ha llegado hasta ese sitio en atención a todos aquellos atributos, y no por hallarse el dotado de una especial vocación política. El amor absorbente de la cosa pública, la pugna también de vencer a todos los adversarios potenciales y la singular aptitud de ganar y retener amigos y de convertir a los amigos en fanáticos, para que sean otros tantos establecimientos en donde el político apoyará el pie para subir: toda esa forma la vocación política, y no es para nadie desdoro aceptar que no se la posea. El señor Araya, tocando el punto, ha olvidado la existencia de los gobiernos y de los partidos. El autor de estas insignificantes líneas, escribiendo artículos, ha desahogado colarse en una tienda política. El señor Balmaceda, correspondiendo a la obra, ha hecho profesión de abstinencia en las contiendas electorales que han ensordecido a otros de su tiempo y de su medio.

De allí, acaso, la dulce emoción de esta obra. Recrea el tiempo de la abuela, cuando los muebles eran de jararandá y de caoba, y las mesas de encaje surtidas en donde resaltaban, a una, la mole del pavo dorado en el horno y las jarras llenas de sorbete. Para quienes han vivido en el campo, evoca asimismo el despertar con las primeras luces del alba en medio de una siesta donde ocupaban las pañoladas notas de su contrapunto el plar de las aves entre de la ventana y el mugido sordo, dislocado hacia el horizonte, de los corrales. Evoca los salones decados, en donde se daban los primeros bailes, y el teatro, donde unas luces luminosas y chispeantes arrojaban paradójicas sombras a todas las luces del escenario y del pulso de bailar. Evoca viajes, partidas de póker, ratoneros, bañitos, reuniones, en fin, donde la gente sonreía, cantaba y se felicitaba mutuamente por lo que ha sucedido y por lo

que puede acarrear la vida.

El lector descontento y asustado podrá decir que cómo ha de haber tanto en un solo libro, cuando, además, como ocurre en este caso, no son muchas las páginas que cubre. Pero no: la propia de estos libros autobiográficos es contener pequeñas estampas, que valen por sendos volúmenes. Veamos una: "Don Juan Zegers vivía en la Alameda esquina de la calle Morandé. Alrededor de los días de la mañana montaba su trabajo y sala de pases por las calles centrales; cuando había frío llevaba una mantita de lana. En un bar que había en el Pasaje Alameda y donde se servía la mejor chicha de Curruvill, don Juan se apalaba, tomaba su copa de chocolate las cualidades curativas de nuestra bebida nacional y muchas veces invitaba al grupo juvenil que por allí pasaba, departiendo alegremente. Segura después hasta la hora del almuerzo en su habitual paseo matutino", pp. 111-112.

Y entonces vemos que, cual decíamos al comenzar, el autor queda debiendo algunas docenas de estampas como éstas, de dibujo leve y seguro, con colores vivos y algo pálidos de acuarela. Pero esta palidez no es falta de nervio: nada de eso. Nace ella de la delicadeza del capítulo del autor, que no ha querido herir a nadie con sus recuerdos. Habrá de hacerse una dolorosa excepción acerca de la dama mencionada en la p. 216, quien, dentro de su modestísima estatura, no merece una mención como la que allí se le hace. (Podría esperarse que mi amigo Eduardo Balmaceda, llevado de su inalterable hidalguía, quisiera moderar o corregir aquella imputación en las nuevas ediciones de su libro?)

Las cuales, por la demás, habría de venir pronto. El libro ha sido leído con entusiasmo y delicia por muchas personas. Durante algunos días, en llegando uno a una visita o a una reunión cualquiera, la pregunta usual ha sido: "¿Ha visto usted el libro de Balmaceda?". Y la respuesta era generalmente afirmativa, porque no había, no saber nada de él habría sido difícil de perdonar. Dado singular éxito parece deberse, a un mismo tiempo, a la evocación de aquel mundo que se fue y a la excepcional simpatía que el autor despertó en este mundo que sigue palpitando a su lado.

Cualquiera tiempo pasado [artículo] Raul Silva Castro.

AUTORÍA

Silva Castro, Raúl, 1903-1970

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cualquiera tiempo pasado [artículo] Raul Silva Castro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile